

Cómo formó Dios el Tacaná y la humanidad

Los relatos de la tradición oral de nuestras culturas suelen emanar una fuerza insospechada, al ser un mecanismo con el que las personas se implican con el mundo y las energías del cosmos. Para deleite de nuestra audiencia, ofrecemos esta historia documentada en la década de 1990 por el antropólogo, arqueólogo y escritor guatemalteco Carlos Navarrete Cáceres, Premio Universidad Nacional 2016 en Investigación en humanidades, quien comparte un fragmento para Ecofronteras.

Cuando Dios formó la tierra, dejó a los hombres para que la trabajaran y pudieran adorarlo. Ellos no tenían nombre y no les importaba, porque eran de una sola pieza para el trabajo. Dios se regresó confiado, y no volvió a oír lo que decían ni quiso volver a verlos, pues estaba seguro de que su obra había sido perfecta. Pero un día regresó a visitar a sus hijos y averiguar si lo sabían adorar... Y lloró y se puso triste por el estado en que se encontraban los campos; los jóvenes no hacían caso de los viejos, y nadie resentía su ausencia. Por eso no lo adoraban más. Les habló y no lo escucharon, se les hizo presente y no lo supieron ver. Se les convirtió en susurro y creyeron que era el río. Se les volvió de plumas y no lo palparon.

Una mañana, les dio prueba de su voluntad. Su poder amaneció arriba de la montaña, como otra más grande, como un volcán sin boca. Los hombres se asustaron, sintieron temor y comenzaron a marchar a sus siembras abandonadas. Iban con la cabeza baja. Iban arrepentidos. Pero un joven osado les habló: "Vuelvan, vuelvan, hermanitos, dejen su miedo en el suelo, que toda la tierra es nuestra y quien regala algo no puede volver a quitarlo". Así les habló y así lo escucharon. Y todo bebieron, y se acostaron con mujeres, y se tendieron hasta que el sol quería salir de nuevo.

Entonces habló Dios. Pero no lo hizo con palabras, con voces humanas. Fue con fuego y piedras y terremotos que lo hizo. Todo se incendió, todo se estaba muriendo.

Los hombres que se metieron en el agua fresca para escapar del fuego se volvieron peces. Los que se subieron arriba de los árboles para escapar del suelo que hervía, se convirtieron en monos. En pájaros volaron los que saltaban a las rocas altas. Y los que se arrastraron o agacharon, o se pusieron en cuatro patas para meterse en cuevas o esconderse, se hicieron culebras, tlacuaches, taltuzas y todos los animales de la creación. Quienes se arrepintieron de corazón, quedaron. Volvieron a casarse después del perdón, y de allí nacieron todas las personas que trabajan y aprendieron a adorar a Dios. Por eso el vagabundo muere mal, el malo muere a hierro y la mala culpa se lleva en la conciencia.

Dios se ha quedado para siempre en el Tacaná, que es el mejor de todos los volcanes, y el que vigila para que los hombres nunca vuelvan a caer. ☞

Publicado originalmente en: Navarrete, Carlos. 1966 Cuentos del Soconusco, Chiapas. En *Summa Anthropologica en Homenaje a Roberto J. Weitlaner*, pp.421-428. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México DF.